

La última cigüeña

Victorino Polo García

Con movimiento inesperado y un poco brusco, la cabeza del viejo maestro se inclinó sobre la mesa de roble para no levantarse más. El golpe seco de la frente sobre la tabla humanizada, llena de estrías de tanto escribir sobre ella, vino a poner un patético punto final a los infinitos días pasados en aquel pueblo perdido entre abruptas montañas de indefinible color entre gris y cárdeno brillante, en ocasiones iluminadas por un tibio sol que jamás pudo alcanzar los tonos de la primavera. Quizá las horas lentas de las últimas tardes le previnieron de que se acercaba el final, pero se resistió a la evidencia convencido como estaba de que amanecería una mañana más como las otras y los pequeños lugareños llegarían jadeando a la escuela entre gritos y nevasca, para girar los goznes chirriantes de la desvencijada puerta y hacer sonar el gran picaporte de hierro pintado de oscuro, herrumbroso y musical en su percusión. Lo creía firmemente y se dijo que su desbordado corazón no avisaba males mayores. Y que los temblores casi húmedos de las manos tras la frugal comida de las doce se debían al esfuerzo de acercar la banqueta junto al fuego de la chimenea, sobre cuyas brasas de enebro hervían las berzas y los yeros en la barriguda olla metálica y renegrada.

Por eso ignoró las amonestaciones de la patrona, que lo prevenía con su acostumbrada voz chillona para que se quedara acurrucado en el tarimón y no fuera esa tarde a abrir la escuela, que los muchachos agradecerían unas horas de recreo para salir al bosque a buscar setas y ver de cazar alguna ardilla en el sabinar que guarda el recodo del río, justo a la entrada del egido cercado de alambre, para que las escualidas vacas que aún quedan en el pueblo no puedan escapar ni acercarse a las pequeñas huertas a comer las lechugas y las vainillas en sazón. De nada sirvió la estratagema y el intento de pequeño chantaje. El maestro se arrebujó dentro del amplio tapabocas y encaminó su renquente cuerpo camino abajo, por la calle empedrada, hasta alcanzar la pequeña edificación de adobe. Le costó más que otras veces introducir la pesada llave en la cerradura y sólo al tercer intento logró correr el pestillo. Se le nubló la vista al recibir en el rostro el caliente vaho de la estancia, pero pensó que tenía la culpa Valentín, el guarda, por haber cargado en exceso la estufa de serrín que desde siempre solía encender dos veces

al día, a partir de los primeros fríos de septiembre, y así al llegar maestro y discípulos a la escuela, la encontrarían acogedora y propicia para el trabajo intelectual que les aguardaba. Un poco fatigado, recogió los cuadernos de oscuro papel de estraza, apiló los pizarrines personales, ordenó los gastados libros de lectura y escribió en el encerado de la pared del fondo la frase que debían comentar los escolares para introducir la lección de Historia Sagrada de los viernes: «Sansón y los filisteos en el Templo». Sonrió con ironía mientras dejaba el clarión en el cajoncillo, trató de mullir un poco el cojín de su gastada silla y se dejó caer en el asiento a la espera de los alborotados chiquillos, que llegaron como siempre gritadores y respetuosos. «Buenas tardes, don Bernardo», «Buenas tardes nos dé Dios, señor maestro», «Que dice mi padre que mañana vendrá a poner el cristal que se rompió ayer», «Mi hermana no puede venir esta tarde porque se va con mi madre a recoger las terneras...»

Poco a poco se iba formando el círculo en torno a la estufa con las manos extendidas hacia el rojo vivo de los círculos de hierro de la tapa, en cuyo centro humeaba un cacharro de porcelana indefinible con hojas de eucaliptus haciendo de sahumero elemental pero efficacísimo para los bronquios del anciano maestro y los catarros de los escolares. El resto de la tarde transcurrió como de costumbre, en amable conversación atemperada, sabia, prometedora y estimulante, con la voz de don Bernardo profunda y cálida desgranando en las cabezas infantiles toda una letanía de pequeñas palabras evocadoras, de pequeñas ideas que a no tardar debían hacerse grandes, de pequeñas notas afectivas que enancharían su calor con el correr de los años. De modo que a las cinco en punto de la tarde, el peculiar ruido de los plumieres recibiendo gomas, lápices, palilleros y sacapuntas anunciaba que pronto la puerta se abriría de nuevo y los pequeños estudiantes saldrían disparados para sus casas, a recoger el trozo de pan oscuro y la jícara de terroso chocolate para jugar un rato en la calle antes de que la noche comenzara a descender de los altos montes.

Quedó el maestro a solas con sus pensamientos mientras recogía los últimos papeles y dejaba ordenados los materiales para el día siguiente, en ceremonia ritual repetida desde siglos, con la precisión

de lo conocido y el desprendimiento natural de quien ha dedicado su vida en ofrenda de los otros, sabedor de que su trabajo es una misión que la naturaleza exige para el equilibrio humanizado del cotidiano vivir. Cuando se dirigía a la percha para recoger el tapabocas, un aterido gorrión entró por lo alto de la ventana y, tras revolotear desconcertado unos minutos, vino a posarse sobre el doble tintero de cristal, justo en el palillero rojo y negro colocado entre ambas tapas de baquelita marrón. Don Bernardo volvió a ocupar su silla de madera y quedó mirando con fijeza los leves movimientos del pájaro.

Dejó que pasara el tiempo sin medida, apoyada su cabeza de sabio en la mano izquierda, con los largos y grises cabellos entrelazando los delgados y amarillentos dedos, hasta que un relámpago brillantísimo y azul concentró su mirada en un punto que giraba en espiral y definía la figura de sus años mozos, retornándolo al instante de la despedida familiar, junto a la voz grave de su padre previniéndole frente a su nueva vida, y las lágrimas silenciosas de su madre en la tibia estación del ferrocarril, cerca de la máquina del tren que, entre pitidos estridentes, lanzaba nubes de vapor al andén orlando las figuras de un halo entre fantasmal y romántico, enervador y dulce.

Recordó la travesía ferroviaria de La Mancha, las grandes extensiones verdes contrastadas con todas las tonalidades de ocre, sienas y marrones de los barbechos. La gran locura de Madrid y su miseria suburbial antes de acceder a las primeras estribaciones montañosas que lo acercaban a la zona montaraz de su destino. Y de manera especial, la llegada a las frías tierras sorianas, recordadas tanto en las palabras entrañables de Antonio Machado, que por fin iba a ver convertidas en realidad viviente. Un viejo autobús lo trasladó desde la pequeña capital hasta las altas tierras vecinas de La Rioja alavesa, con grave riesgo de pernoctar a la intemperie en lo alto del puerto de Oncala, muy nevado, donde los fuelles del autocar empezaron a resoplar con jadeos sorprendentes, avisando de su asma y posible parada de pulmones mecánicos, crisis aliviada por la fortaleza de los rudos mozos que empujaron a la máquina como si se tratara de una pluma. Tuvo que hacer noche en una venta increíble por lo pequeña, oscura y fría, acogido por un posadero sacado de la Edad Media sin transición y que apenas cruzó con él diez o doce frases lacónicas a manera de contestación castellana a sus inquisiciones informativas. Las cuatro mantas de lana familiar no pudieron mitigar el frío de sus huesos mediterráneos, con lo que la imaginación aún permaneció más despierta de lo habitual en semejantes situaciones. Con el amanecer, los gallos lo despertaron. El tazón de hirviente chocolate con pan tostado lo reanimó para la jornada definitiva, tres kilómetros a pie por sendas de caballería hasta descender al

oculto valle del pueblo perdido. Cuando avistó las primeras casas, se detuvo unos instantes para contemplar las chimeneas y las columnas de humo ascendiendo al cielo gris precursor de la inminente nevada. Luego vino la senda pina, los zarzales y las endrinas tardías en la margen de la senda, la casa del alcalde y la fortísima comida de carnero y morcillas dulces tan extrañas a su paladar sureño. Y por fin la escuela con los trece rapaces despier-tos pendientes de sus palabras, de su bufanda roja, de su reloj de bolsillo, de sus más mínimos gestos de hombre joven y forastero. Y aquella divertida anécdota...

—Señor maestro, ¿es que no ponemos la bandera en la puerta, como hacíamos antes con don Elviro? Está detrás del armario, junto al reloj de pared.

Y la bandera, de tamaño descomunal para la diminuta escuela, resultó ser de la República, con sus franjas tricolores y un hermoso escudo real en el centro mismo de la tela, al que se había cosido una fotografía de don Santiago Ramón y Cajal con su firma autógrafa. El joven pedagogo rió de buena gana ante la cara del venerable doctor.

El pequeño Javier, tras la merienda, había ido a la iglesia con su tía Remedios, a regañadientes y chaptoteando los charcos de aguanieve con sus botas de tachuelas. Al terminar el rosario, se quedó jugando con el gato de la Damiana, que lo esperaba siempre a la puerta del bar. Estaba atardeciendo y por eso se extrañó de ver abierta la puerta de la escuela y encendida la pequeña lámpara de petróleo sobre la repisa de la ventana. Miró a través de los empañados cristales y le pareció ver a don Bernardo con la cabeza echada sobre las manos, en la vieja mesa de roble. Seguido por el gato, encaminó sus pasos a la puerta y penetró con sigilo en el aula. A contraluz del velón, el perfil de la espalda del anciano se recortaba móvil y confuso. Lo creyó dormido y se acercó para despertarlo y que se fuera a casa, no sea que cogiera frío y agarrara una pulmonía. Con su tibia mano zarandeó suavemente los hombros del viejo. «¡Don Bernardo, señor maestro, que son las seis y...!». No pudo terminar la frase, porque al tiempo que hablaba tocó la cara del maestro y la encontró fría, helada y viscosa como la misma muerte. El gato exhaló un maullido con sordina, suave y estridente a la vez, estremecedor. A Javier le recorrió la espina dorsal un calofrío paralizante. Notó como todos sus músculos se tensaban con dolor y engarfió sus manos a la que don Bernardo tenía, rígida ya, sobre la mesa, cerca del libro que tantas veces leía mientras ellos hacían ejercicios de lengua o problemas de matemáticas. Levantó los ojos asombrados y recorrió con la vista, lentamente, todos los rincones de la escuela. Y a través de los ventanales del fondo, recortada en el cielo gris del atardecer, pudo contemplar alejándose hacia el sur el vuelo silencioso de la última cigüeña.